

### III Domingo de Cuaresma "C"

23 y 24 de Marzo de 2019

Los seres humanos tenemos un impulso innato para encontrar que la causalidad, o las razones del porqué suceden las cosas y los eventos. Esto generalmente funciona bien y nos ayuda a diseñar sistemas y formas para hacer que las cosas sean más seguras y más productivas. Por ejemplo, las tasas de accidentes automovilísticos han estado bajando durante los últimos años. Esto es el resultado de varias cosas: el diseño y la fabricación de automóviles que son más seguros, la construcción de mejores carreteras, esfuerzos educativos públicos y privados que promueven las prácticas de conducción segura (como el uso de cinturones de seguridad) y, finalmente, en algunos casos, leyes para enforzar el cumplimiento de la seguridad, (no mandar mensajes de texto o usar los teléfonos celulares con dispositivos con uso de sus manos, mientras se conduce). Sin embargo, a pesar de toda nuestra ciencia y tecnología, a veces nos enfrentamos con eventos naturales o que son causados por el hombre, y que traen sufrimiento, muerte y destrucción, y todo esto se nos deja tratando de explicar lo inexplicable.

En el mundo antiguo, y quizás a veces en nuestro tiempo, muchos eventos trágicos eran explicados apelando a Dios. Las pólizas de seguro todavía escriben cláusulas para protegerse de los "actos de Dios". O, como vemos en los dos casos trágicos que Jesús mencionó en el Evangelio de hoy, se entendía que a las personas malas les pasaban cosas malas. El sufrimiento que una persona o que un grupo está experimentando se reclama que es causado por Dios debido a sus pecados. Como dice el dicho: "Usted cosecha lo que siembra". Gran parte de las Escrituras Hebreas (del Antiguo Testamento), especialmente en los primeros cinco libros de la Biblia conocidos como la Torá, proporciona apoyo para este punto de vista. Pero tanto como el conocimiento humano sobre nuestra naturaleza humana y el gradual entendimiento de la persona y naturaleza que Dios desarrolla, y son estas suposiciones previas que se han cuestionado en otros libros en el Testamento Antiguo, por ejemplo, el Libro de Job.

En la época de Jesús, el trágico derrumbe de la torre en Siloé y la matanza caprichosa de un grupo de galileos por Poncio Pilates mientras realizaban un ritual religioso, y de la profanación de su sangre al mezclarla con sacrificios paganos, eran vistos por aquellos que llamaron la atención de Jesús como ejemplos de retribución divina. Estas personas, razonaban estos, deben haber sido grandes pecadores, ya sea públicamente o en secreto. Ellos recibieron lo que se les merecían. Implícitamente, estos autoproclamados "más santos que tú" están diciendo, como el orgulloso fariseo que reza en el templo, "gracias a Dios, no soy un pecador como los demás" (Lc 18: 9-14).

Jesús de ningún modo acepta esos argumentos, y aún más, la veracidad del dicho "más santo que tú". En su lugar, Jesús les dice que lo mismo les sucederá espiritualmente, si no necesariamente en forma física, a no ser que ellos se arrepientan. El período de tiempo en que ellos habían estado presenciando esas tragedias que les ocurrieron a otros y del hecho que nadie conoce el momento de su propia muerte es un "llamado para despertar" enviado por Dios para arrepentirse, y es muy parecido cuando en su coche aparece repentinamente una advertencia en la consola "chequear el motor" mientras estamos conduciendo. Lo ignoramos a nuestro propio riesgo.

Para aclarar su punto, Jesús cuenta una parábola "de la higuera y su fracaso en producir frutos". Por supuesto, todo el mundo sabe que se cortan los árboles de una arboleda si no producen frutos, incluso después de haber tenido un período de "gracia", y en su lugar se planta uno que, con suerte, producirá frutos. Pero aquí la historia cambia. El jardinero sugiere al propietario que se le dé un poco más de tiempo al árbol improductivo y promete trabajarlo y fertilizar el suelo a su alrededor. Si todavía no da fruto, puede ser cortado.

El arrepentimiento es la obra de Jesús, el jardinero. El arrepentimiento es el autodomínio de Dios, y la paciencia de Dios hacia nosotros. Dios no desea que nadie muera, sino que todos compartamos la vida ahora y eternamente con él. Mucho más de estar afligido por los pecados cometidos, el arrepentimiento es la gracia, dada para comenzar o continuar, el proceso de alejarnos de nuestros pecados y volvernos hacia Dios. Las "obras" tradicionales de la Cuaresma, oración, ayuno y actos de servicio son mucho más que gimnasia religiosa, son una especie de concurso espiritual del "hombre resistente" o de la "mujer resistente" de los cuarenta días de aguante para demostrar un punto a Dios. Nó, esta temporada es nuestra decisión de cooperar con la gracia de Dios no solo durante estas seis semanas cada año, sino también todos los días de nuestras vidas, como lo escuchamos cuando nos presentamos a sí mismo para que se nos coloque cenizas en la frente en el Miércoles de Ceniza: "**Arrepentirse y creer en el Evangelio**"; Una elección diaria para centrar nuestras vidas, pensamientos, acciones en Dios. Aceptar y vivir la gracia del arrepentimiento es la seguridad de que nuestras vidas den frutos en el día en que el Señor venga, sin embargo y cuando quiera que esto será.

Como Moisés en la primera Lectura, en este momento, en este lugar, en esta misa, nos encontramos parados en tierra santa. Dios nos llama por nuestro nombre. ¡**Arrepiéntanse! El Señor es compasivo y misericordioso.** (El refrán de salmo responsorial de hoy, Sal. 102).

Padre Jim Secora